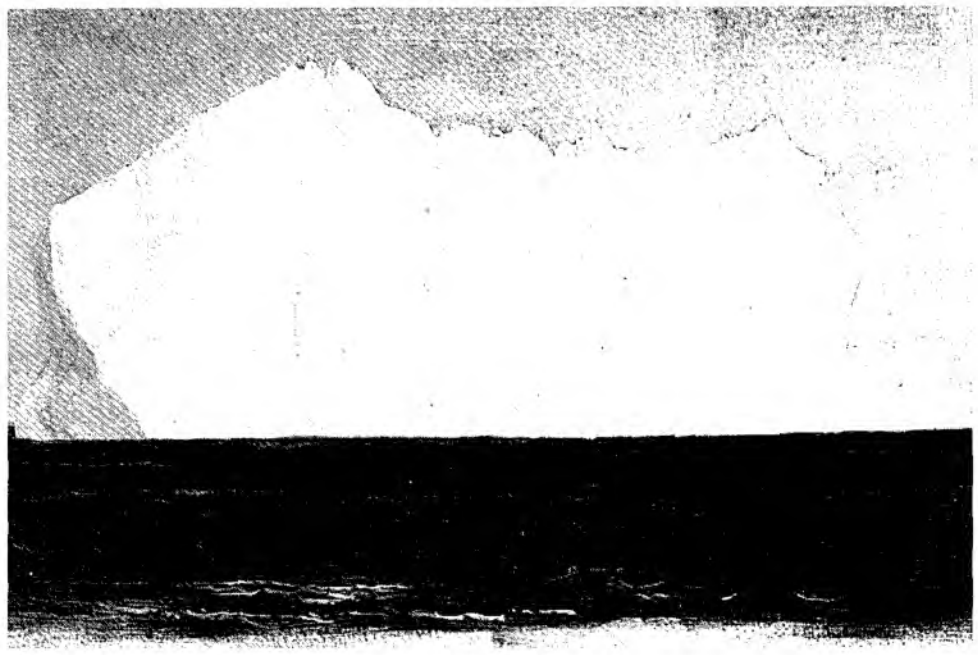
Kirillov

L. SILLENS



F. E. Church: *Iceberg flotante.*

Kirillov tiene veintisiete años, bebe mucho té, se acuesta al amanecer, está escribiendo un libro sobre el suicidio. Para él hay dos clases de suicidas: los que se matan "por una congoja aguda, o por despecho, o por locura"; y los que se matan, curiosa expresión que Dostoyevski pone en boca de este personaje, "por raciocinio". Si convenimos en que ambas modalidades pertenecen, dado el especial carácter del asunto, a la clase genérica de la desesperación, habría que diferenciar entre la de los primeros, que se inscribe dentro de la versión súbita y apasionada de la desesperación, y la de los segundos, que correspondería a la forma más precisa de la desesperación, es decir, la que aparece como un haber dejado de esperar; como una despedida definitiva de la esperanza. En realidad, ninguna de las dos modalidades llega a diferenciarse claramente de la otra, sino que sus respectivos atributos y factores se confunden entre sí de manera tan inevitable como indiscernible, a través de una amplia y rica gama de valores cromáticos, pero en la novela esta división esquemática sirve para hacer aparecer a Kirillov como integrado en el segundo grupo, al menos en teoría.

Según Kirillov, hay mucha gente susceptible de poner en práctica el acto que él mismo se dispone a ejecutar, siendo la razón de que muy pocos lleguen finalmente a intentarlo no otra cosa sino el miedo. Miedo al dolor, o miedo a la muerte, o miedo, incluso, a lo que Kirillov desconcertantemente designa como el "otro mundo" (¿estará pensando, un racionalista como él, en el infierno o algo así?). Se supone, pues, que, ya que pertenece al segundo grupo, Kirillov está libre de ese molesto sentimiento, o que lo estará cuando se decida a dar el paso decisivo, y también que, ya que va a ser tan grosero como para abandonar esta maravillosa existencia por su cuenta y sin pedir permiso, su experiencia lo habrá conducido a un espacio de lucidez y lo habrá instalado en un estado de serenidad que brillen a la altura de la modalidad a la que esa misma experiencia en teoría corresponde.

Kirillov representa algo así como la versión dostoyevskiana del *"Gott ist tot"* con un ligero adelanto respecto a Nietzsche. Un experimento filosófico dentro de un inestable edificio narrativo, cuya estructura tiembla más que ligeramente a causa de la precariedad de los cimientos ideológicos sobre los que se sustenta. Al dibujar a Kirillov, el autor se entrega a la experiencia del desnudamiento de la existencia, ahora desprovista de todo lo que antes le prestaba abrigo y le daba consistencia. Esta experiencia quiere estar vinculada al "raciocinio", sí, pero inevitablemente, tratándose de Dostoyevski, aparece sumida en una profunda perplejidad y se ve zarandeada por violentos contrastes.

Dostoyevski llama al que se libera del miedo "hombre nuevo". Nietzsche lo llamó "superhombre". Todo indica que ni el uno ni el otro estaban en las mejores condiciones posibles de tomarse con calma los problemas aparejados al objeto de sus descubrimientos y sus investigaciones. En el caso de Dostoyevski, no puede estar más claro. Para Kirillov la eliminación del plano trascendental no es nada fácil de asimilar. El ser humano, viene a decir, sólo puede liberarse del miedo liberándose del objeto supremo de sus creencias, pero una vez que lo ha hecho, o que cree haberlo hecho, como le sucede a él, la única posibilidad que parece quedarle es la que él se dispone a llevar a efecto. Eso es así no por otra cosa sino porque en el universo mental de Dostoyevski se revelaba como perfectamente lógica la idea de que esa eliminación comportaba un estado existencial tan insoportable que a una persona en esas condiciones le era imposible seguir viviendo. Así sucede que si Kirillov se libera de un miedo es para caer en otro. Del miedo de la vida en la que ese objeto supremo está presente, al miedo de la vida en que está ausente. La consecuencia es que las grandes palabras que a veces emplea, "hombre nuevo", "liberación", no consiguen desprenderse de aquel molesto sentimiento, de manera que no pasan de ser una elucubración e incluso, tal como se desprende del final de Kirillov, una burla.

Para Kirillov la libertad susceptible de ser alcanzada es algo sublime. Una libertad suprema. "Todo el que quiera la libertad suprema debe tener el atrevimiento de matarse", dice en cierto momento, con palabras que proyectan una de las claves de la visión de este asunto por parte de Dostoyevski. Se trataría, más que de un acto vinculado a la libertad, de una descomunal y quizá descabellada demostración de poder, que emparenta al ser humano con la idea más formidable que haya engendrado su imaginación. Porque, añade Kirillov: "Quien se atreve a matarse es un dios". Éste es, no cabe duda, uno de los ingredientes más románticos del pensamiento de Kirillov, cuyo efecto inmediato es la sublimación del acto que éste se propone llevar a cabo. O lo que es lo mismo, el paso del suicidio directamente desde el estado sólido al estado gaseoso, sin pasar por el estado líquido. En esta libertad suprema encontramos de nuevo lo mismo que en el anterior estado de cosas, sólo que con minúsculas en vez de con mayúsculas. En este aspecto Dostoyevski vuelve a mostrar una fuerte raigambre romántica. Lo mismo, una vez más, que Nietzsche por los mismos años, sólo que lo que en éste se transforma en la afirmación de la voluntad de vivir, en Dostoyevski aparece como la demostración de su imposibilidad. Para Dostoyevski la vida sin Dios es literalmente inconcebible, de ahí que un personaje como Kirillov, construido para expresar unas ideas tan aparentemente contrarias a los valores morales y religiosos, no deje de tener a Dios en su boca, y que además, anticipándose también a Nietzsche en este recurso, esté loco, como lo está el personaje de *La gaya ciencia* que proclama el *"Gott ist tot"*.

La locura de Kirillov no es sólo el clásico subterfugio que adopta el escritor para expresar sus ideas más problemáticas y menos convencionales, sino que probablemente también forma parte del miedo y del convencimiento del propio Dostoyevski. Aquel que piensa como Kirillov, viene a decir, inevitablemente está loco o se vuelve loco. Es como si lo sintiera dentro de sí y lo percibiera, clara y espantosamente, de esa manera, porque Kirillov no es sino un reflejo del miedo de Dostoyevski. Así llegará un momento en que el "hombre nuevo" se convierta en el "Hombre-Dios". Y luego Kirillov, teórico representante del mundo racional, se deslizará por una vertiente decididamente mística, que culminará en la confidencia que le hace a Shatov sobre su experiencia de un estado de "armonía eterna plenamente logrado", procedente, sin duda, de las experiencias tenidas por el propio Dostoyevski con la epilepsia que padecía.

Kirillov expone sus ideas de manera confusa. Como sucede con la propia escritura de Dostoyevski, su discurso es impulsivo y desordenado; como ocurre con los personajes del escritor ruso, su personalidad está llena de contradicciones, que en este caso están más cerca de la incoherencia que de la complejidad. No deja de ser, Kirillov, un genuino personaje de Dostoyevski, y un personaje de Dostoyevski no puede separarse de lo religioso, por muy ateo que sea o que quiera ser. Cercano, en el fondo, a Shatov, mientras que éste busca a Dios, Kirillov ha perdido la esperanza de encontrarlo, pero a ambos les pasa lo mismo, no logran entender la vida sin el aparato existencial que proyecta esa palabra mágica.

Como ocurre con todo lo demás en esta novela, el aspecto atractivo del personaje se desvanece en el momento en que Kirillov entra en relación con la "Sociedad", el grupo revolucionario capitaneado por Piotr Stepanovich, es decir, en la zona de la obra en la que Dostoyevski tiende a perder los papeles. Así es como Kirillov se presta a ser utilizado como coartada; a matarse en el momento que se lo digan y a dejar escrita una carta declarándose culpable de la muerte de Shatov. De este modo, el acto que se dispone a llevar a cabo pierde credibilidad, se degrada y entra en el terreno de lo inconsistente.

Al final, Kirillov empuña el arma. Resulta que aquel que iba a ausentarse de la existencia "por raciocinio" da todo un espectáculo, y en vez de hacerlo de un modo más o menos coherente con sus ideas termina de mala manera, en medio de una especie de ataque, dando gritos y comportándose de forma aparatosa (aunque al mismo tiempo emocionante). He aquí al "hombre nuevo", parece querer decirnos el autor, he aquí la "libertad suprema". Tratándose de los "demonios", no podía esperarse otra cosa.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Periódico del Común de La Mancha, El. N.º 397, 4/4/2009.